

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>Los jóvenes y el sentido de la vida</i>	3	
<i>Mariano Donadío y Carlos Guyot</i>	7	Postales de juvenlandia
<i>Martín Ricur</i>	13	La Iglesia joven de Argentina
<i>Marguerite Léna</i>	23	Educación y Valores
<i>Rafael E. Sassot</i>	33	Iuvat Vita! Vale la pena vivir
<i>C. Hoevel</i>	41	Educación y contemplación
<i>Ron Austin</i>	51	Hollywood y los jóvenes
<i>Florian Pitschl</i>	55	“Si no os volveis como los niños”
<i>Thérèse de Lisieux</i>	68	Mon chant d’aujourd’hui
<i>Virginia Azcuy</i>	69	Cuando el instante se llama Jesús
<i>Julia Alessi de Nicolini</i>	81	La glorificación de la Trinidad

Iuvat Vita! Vale la pena vivir

por Rafael E. Sassot

1. Presentación

Varada entre una infancia perdida y una madurez utópica, la juventud hoy se enfrenta a un desafío que involucra su ser mismo como pocas veces haya ocurrido. En efecto, si todavía las utopías decimonónicas le servían para desfogar sus ansias de absoluto, nuestro tiempo ya le ha negado ese beneficio: la durísima debacle que esas utopías experimentaron a lo largo de nuestro siglo no ofrece, a una mirada lúcida, un espacio donde exasperarse. Ante lo ineludible de esta circunstancia sólo queda el tedio o el cinismo; entre estos dos nuevos polos debe la juventud recorrer su periplo, con el agravante de que —a vuelta de tuerca— se le solicite representar este desgarramiento como lo esencial y permanente de la condición del hombre.

La juventud, muchas veces amedrentada ante la imponencia de este panorama, se refugia en una tercera alternativa: un intento similar al de las escuelas socráticas menores o las filosofías helenísticas. Sumidas en la crisis de las grandes visiones metafísicas que las antecedieron, anhelaban encontrar un rumbo para la vida del hombre pero sin asertos de fondo —aunque en repetidas ocasiones sí los hicieran—: es muy aleccionador y muy actual constatar hasta qué punto era insoslayable que el *ars vivendi* tuviera verdadero fundamento en una visión de la naturaleza de las cosas y del ser¹. Quizás debamos ayudar a la juventud a gozar del sentido de la vida, quizás sea el *pathos* de una época tan despojada de humanidad, quizás —por eso mismo— se nos someta a la exigente prueba de mostrar de qué manera cada uno de nuestros actos esté unido a un igualmente nuestro anhelo de felicidad.

Este es, en principio, el corazón de estas páginas —y la razón de su título—; hacer presente otra vez la exclamación de los clásicos ante la plenitud de una vida descubierta como llena de sentido y calor: ¡vale la pena vivir!

¹ G. Reale, *Storia della filosofia antica*, Vita e Pensiero, Milán, 1979, T. IV, pág. 484.

2. Dies nuper peracti

De la mano del pensamiento de Jean Paul Sartre conocimos acrisolado un punto de llegada de la metafísica inmanente: la libertad del hombre afirmada en contra de las cosas². Paradójicamente este es el signo de la libertad cuando la propia inconsistencia hace de la negación de lo otro una pseudo-afirmación de sí; lo que en términos de evolución psíquica es una etapa llamada a ser superada se convierte en una maldición perpetuamente iterada. Si la transición que marca la juventud desde la omnipotencia infantil a la acción con-creadora del hombre maduro queda atrapada en la alternativa inmanente, el momento narcisista es inevitable: la afirmación, como no tiene otra regla fuera de sí misma, se convierte en mera facticidad. Las implicancias de esta encrucijada son inmensas.

Baste con mencionar en este sentido la perfecta consonancia entre la metafísica sartreana —*inveramento* de la modernidad parricida—, la metafísica de pura historicidad hegeliana —*inveramento* de la inmanencia— y la voluntad de poder nietzscheana —*inveramento* del narcisismo resultante.

Albert Camus había advertido que vivíamos “[...] arrastrados por toda una época febril de nihilismo y, no obstante, —agrega con premonitoria intuición— *en soledad*, con las armas en la mano y *un nudo en la garganta*”³ y es ese mismo nihilismo el que se ha encargado de explicitar los avatares de este narcisismo. Es muy revelador en Camus su último examen del hombre en rebeldía: esta última “nace del espectáculo de la sinrazón, ante una condición injusta o incomprensible”⁴; de lo cual —a espaldas del absurdo— pretende extraer un argumento para conculcar a la voluntad de poder supuesta por el antes mencionado narcisismo, y ya ungida su legítima heredera en los acontecimientos de nuestro siglo.

La polémica entre Camus y Sartre —en el seno del pensamiento existencialista— arroja un guante a la conciencia contemporánea que ésta no se atrevió a tomar. Una vez más, con la lucidez meridiana del poeta, Camus dice mirando a su tiempo:

² “La libertad es el ser humano poniendo fuera de juego su pasado al segregarse su propia nada [...] En la libertad, el ser humano es su propio pasado (como también su porvenir propio) bajo la forma de aniquilación”; J. P. Sartre, *L'Être et le Néant*, Gallimard, París, 1943, pág. 65.

³ A. Camus, *El hombre rebelde*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1954, pág. 13.

⁴ A. Camus, Op. cit., pág. 15.

“Es necesario que consientan en examinarse para aprender a conducirse [...] La historia prodigiosa que se evoca aquí es la historia del orgullo europeo.”⁵

3. Tedio

Cuando la realidad muestra que sus aristas no ceden a los impulsos omnipotentes el alma en la que estos anidaban, más allá de un breve o prolongado antagonismo, cae en una decepción que arroja dentro de sí el desierto con el que miraba el mundo. El abalanzarse, que supone la experiencia nihilista del mundo e intenta suplirla, clausura la apertura al sentido y la plenitud de lo real y deja al alma en manos de sus actos exangües. Es aquí donde aparece el tedio.

El tedio es quizás –junto con el cinismo– más acorde con la sensibilidad post-moderna –y es algo para nada casual. Otro francés velaba desde hace mucho tiempo en los rincones de esta tragedia, Charles Baudelaire. En la breve poesía *La afición por la nada* de la serie de *Las flores del mal* dice:

“Hosco espíritu, en otro tiempo amante de la lucha,
la Esperanza –cuya espuela atizaba tu ardor–
¡ya no quiere acicatearte! Echate sin pudor,
viejo rocín cuyas patas chocan con cada obstáculo.

Resígnate, alma mía; duerme tu sueño de bruto.

¡Espíritu vencido y burlado! Para tí, viejo merodeador,
el amor no tiene más afición, no más que la disputa.
¡Adiós, pues, cantos de cobre y suspiros de flauta!
¡Placeres, no tenéis más a un corazón sombrío y
amohinado!

¡La adorable Primavera ha perdido su olor!

Y el Tiempo me traga, minuto a minuto,
como la nieve inmensa a un cuerpo del que se apodera
la rigidez;

contemplo desde lo alto la redondez del orbe
y no encuentro en él ni el abrigo de una choza.

Avalancha, ¿quieres arrastrarme en tu caída?”⁶

⁵ A. Camus, Op. cit., pág. 16.

⁶ Ch. Baudelaire, *Les fleurs du mal - LXXX. Le gout du néant*, Garnier-Flammarion, París, 1964, pág. 97.

Estas líneas ponen de manifiesto que el principio de este camino no es una primigenia experiencia nihilista sino la falta de consentimiento, el voluntario rechazo de lo real y el antagonismo subsiguiente (*Hosco espíritu... amante de la lucha*); que el impulso meramente proyectivo (*...la espuela...*) se ha desgastado (*...viejo rocín...*) porque lo real no ha dejado de manifestar la violencia de cada acto así inspirado (*...chocan con cada obstáculo...*). Por esto cabe hacer explícito lo que quizás lleva ya bastante tiempo en el fondo de la conciencia, los actos son inanes (*...Echate sin pudor...*).

Para aquél que no quiso entrar en contacto con lo real y ha gastado su vida en eso (*...viejo merodeador...*) las cosas no serán más que obstáculo o medio (*...amor - disputa...*) pero nunca algo de por sí: quedarán desprovistas de cualquier rasgo valoral y, más aún, de cualquier correlato frutivo (*¡Placeres, no tentéis...!*). No simplemente los aspectos subjetivos de la fruición sino la misma plenitud de la vida que nace (*...adorable Primavera...*) ya no impregna la apertura del corazón del hombre (*...ha perdido su olor...*).

A partir de allí la temporalidad como mera duración, como tiempo no perfectivo, se convierte en una molienda que desintegra (*...el Tiempo me traga, minuto a minuto...*)⁷. Desde soledades que se asemejan a las nietzscheanas (*...contemplo desde lo alto...*) únicamente resta el desamparo (*...ni el abrigo de una choza...*) y un desesperado intento de fuga y disolución (*¡Avalancha, quieres arrastrarme en tu caída?*).

Si el nihilismo es moneda corriente, la juventud no tiene otra alternativa que mellar sus mejores impulsos hasta claudicar de ellos y anquilosarse en el tedio. La verdadera educación se ha definido como liberación⁸; hoy no parece superar este desafío —especialmente la educación superior y no acierta a encauzar a la juventud tentando moribundas soluciones positivistas.

Baudelaire se hace aquí de actualidad insospechada: en un momento en que las sociedades superabundantes contemplan con mala conciencia la masiva fuga hacia la droga —una fuga en sí misma— y el sostenido aumento de la tasa de suicidios en la población juvenil, el sostener una mirada lúcida respecto del

⁷ Recordar la predilección del existencialismo por describir esa experiencia de la temporalidad; cfr. J. P. Sartre, *L'Être et le Néant*, Gallimard, París, 1943, pág. 118.

⁸ Cfr. F. Nietzsche, *Unzeitgemäße Betrachtungen III-1*, de Gruyter, Berlín, 1988, pág. 341.

tedio es una forma de resistir la normalización inmanentista del mal propia del bienestarismo, es un atisbo de lo que podría ser punto de inflexión de la modernidad, verdadera "post-modernidad", es decir, salida del nihilismo.

Aquí Baudelaire todavía se reserva la fuerza del carácter para reivindicarse como sujeto, pero de todos modos se sabe muriendo. Emile Cioran en cambio, inmerso en nuestro tiempo, habla desde esa muerte:

[...] fijo en un crepúsculo intemporal, ciudadano del mundo
—y de ningún mundo—
es ineficaz, sin nombre y sin vigor [...] 'De dónde vengo, no
sabría decirlo:
en los templos, permanezco sin creencia; en las ciudades,
sin ardor;
junto a mis semejantes, sin curiosidad; sobre la tierra, sin
certidumbres [...]
Libradme de esta vergüenza de los actos que me hace
interpretar
cada mañana la comedia de la resurrección y cada tarde
la del entierro;
en el intervalo, nada más que ese suplicio en el sudario
del hastío...
Sueño con querer y todo lo que quiero me parece sin valor.
Como un vándalo roído por la melancolía,
me dirijo sin fin, yo sin yo, hacia ya no sé qué rincones...' ⁹

Puede constatarse un quebranto distinto al de Baudelaire: en esta ocasión, el haber vivido entre las heces del hastío acarrea una radicalidad y una lucidez distintas (...yo sin yo...). Este quebranto no es una entrega vencida o laxa (...*Libradme de esta vergüenza...*) porque —aún en medio de su pesimismo (...*todo lo que quiero me parece sin valor...*)— reafirma un impulso primordial (...*sueño con querer...*).

4. Cinismo

El cinismo está mucho más cerca del espíritu del hombre autónomo tal y como nos fuera legado en algunos personajes del siglo XVIII. También está cerca de los que han experimentado

⁹ E. Cioran, *Précis de décomposition*, Gallimard, París, 1949, pág. 96.

la inmovilidad de lo real: ante una negación impracticable es preferible que el sarcasmo ponga las distancias con lo real. Nuestro siglo ha reflatado la “ironía desencantada”¹⁰ como una forma de madurez sin compromisos.

La voracidad de los jóvenes inmersos en la avalancha consumista suele teñirse de esta “madurez”; desgraciadamente son ellos los que después pagan el alto precio de una madurez vacía, a su propia falta de entrega —compromiso— se corresponde la falta de entrega de la plenitud de las cosas —gozo—. Que nadie se llame a engaño: el cínico es reconducido tarde o temprano, por sus propios actos exhaustos, al tedio.

El tedio como falsa infancia (abandono nihilista) y el cinismo como falsa madurez (nihilismo reactivo) —los puntos de referencia antes mencionados— suelen desviar el vigor de la juventud hacia la avalancha baudelaireana. Así llegan a identificar la afirmación juvenil con una miríada de facetas que no terminan de develar ningún rostro, más bien lo acercan peligrosamente a la esquizoidía. Un tremendo paso más estaría dado al preguntarse por todas las vigencias de nuestra cultura que explícitamente buscan —desde un juguete a una política educativa— consolidar esta visión de lo humano.

5. La recherche de la jeunesse perdue

Laurent Dispot¹¹ observó con agudeza hasta qué punto la modernidad, en su espíritu rupturista, “imbecilizó” al hombre al quitarle todo apoyo (in-bacillum, ‘sin báculo o bastón’). Precoriza la vuelta a una “mentalidad arcaica” y la articula con vivaz inteligencia entorno del concepto de nostalgia¹². Este subtítulo pretende señalar —más allá de toda connotación cosmética— la simpatía para con esas páginas.

Ahora bien, el primer apoyo que la modernidad le quitó a la juventud fue la misma infancia por paradójico que esto parezca. La experiencia de la filiación, la experiencia de “saberse venido de”, “aceptado y amparado por”, es la única capaz de soportar el embate del ansia de absoluto de la que hablábamos más arriba. Remite a la percepción de un principio, de una plenitud antece-

¹⁰ Jean Baudrillard, *De la seducción*, Cátedra, Madrid, 1987, pág. 100.

¹¹ L. Dispot, *Manifeste archaïque*, Grasset, París, 1986, pág. 10.

¹² L. Dispot, *Op. cit.*, pág. 79 y ss.

dente y constitutiva, de una alteridad que funda –más tarde– el sentido de toda alteridad. Rotura la tierra del desarrollo del corazón desde el absoluto de sí al Absoluto, pasando por el absoluto psicológico de lo real ‘externo’. Educa al joven en la clase de designios que deberían ser intrínsecos a toda acción: respeto como luminosidad y ternura y, dentro de ellas, acertada afirmación y vigoroso despliegue de sí.

Es muy elocuente que varios pensadores post-modernos hayan reflexionado acerca de la clonación como fenómeno de nuestro tiempo¹³. La definen como “necrosis narcisística”: “duplicación del padre”, como “fantasma de la posesión total”, como “paternidad absoluta no contrariada por el Edipo”. Es la más acabada mitificación de la inmanencia: los hijos de una generación narcisista no pueden sino ver constrictado su anhelo de ser alguien por sí mismos y este anhelo, que constituye el sentido de toda juventud, queda hecho trizas a merced de las manipulaciones familiares y sociales. Esta es, quizás, la fuente de la más alta carga de angustia de la juventud contemporánea.

A partir de estos padecimientos es que la juventud probablemente pisa sobre un suelo nuevo. Conoce padeceres inéditos pero estos mismos padeceres la ponen frente a alternativas al filo de vida y muerte. Rechaza la violencia de una época sangrienta y pide rescatar el sentido de lo humano. Percibe que su tiempo le impuso una búsqueda: redescubrir el verdadero sentido de la juventud, fuera de la negación.

Una antigua raíz indoeuropea nos enseña algo de la íntima constitución del joven: DIV-DI-DIAV– que significa materialmente “brillar”, origina Iuppiter (*Diau-pater), Iovis (*Diovis), div-inus, *iuv-enis (Júpiter, Iove, divino, joven). El joven es el hombre en el momento en que descubre que está llamado a ser divino pero en el concurso con Dios que es Padre: habiendo recibido antes la totalidad de lo creado –y especialmente su infancia– como punto de partida de ese descubrimiento y haciéndose señor –en su madurez.

De aquí unas palabras finales que muestran el destino de algunas de estas grandes conmociones contemporáneas:

“El Paraíso gime en el fondo de la conciencia,
mientras la memoria llora.

¹³ Cfr. L. Dispot, *Op. cit.*, pág. 117; J. Baudrillard, *Op. cit.*, pág. 157.

Y es así como se piensa en el sentido metafísico de
las lágrimas
y en la vida como el desarrollo de una añoranza.¹⁴

La certeza de una plenitud originaria y originante es imborrable del corazón del hombre (*El Paraíso gime...*) y esto es así a pesar de constatar la distancia desde el presente (...*la memoria llora...*). No sólo desde el dolor del arcano resabio sino desde el dolor del quebranto el menoscabo se puede acrecentar el ser (...*el sentido metafísico de las lágrimas...*) y entender la vida como un volver a encaminarse hacia esa plenitud (...*la vida como el desarrollo de una añoranza...*).

Ojalá ayudemos a la juventud a levantar su mirada y ser digna de todo lo que su nombre miente y su ser guarda como plenitud y gozo. Ojalá que en ese empañó los rasgos de nuestra propia juventud se vivifiquen.

¹⁴ E. Cioran, *De lágrimas y de santos*, Tusquets, Barcelona, 1988, pág. 119.